

dita y se retirará. Entónces quedaré yo solo con el tío Mestienne, que es mi amigo, como os he dicho. Y sucederá una de dos: ó que esté borracho, ó que no lo esté. Si no está borracho, le diré: Vente á echar un trago, mientras está abierto aún el "Buen Membrillo". Me lo llevo y le emborracho: no cuesta mucho emborrachar al tío Mestienne, porque siempre está resbaladizo. Le dejé bajo la mesa, le cojo su tarjeta para volver á entrar en el cementerio, y entro de nuevo solo. Entónces ya no tenéis que habéros las sino conmigo. Si está borracho, le digo: Anda, yo haré tu trabajo. Se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelvent se precipitó á tomársela con toda la tierna efusión de que puede ser susceptible un campesino.

—Está convenido, tío Fauchelvent. Todo saldrá bien.

—Con tal que nada se descomponga,—pensó Fauchelvent.—¡Sería terrible!

V

No basta ser borracho para ser inmortal.

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los escasos transeuntes de la calle ancha del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado de calaveras tibias y lágrimas. Este carro conducía un ataúd cubierto por un paño blanco, sobre el que se destacaba una cruz negra, semejante á un gran cadáver con los brazos colgando. Un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja, seguía al carro; á derecha é izquierda de él marchaban dos sepultureros de uniforme gris con adornos negros. Detrás iba un viejo cojeando y en traje de artesano. El cortejo se dirigía al cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veían salir el mango de un martillo, la hoja de un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los cementerios de París. Tenía, por así decirlo, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera y su puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados á los dichos antiguos, la puerta de los caballeros y la puerta plebeya. Las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus habían obtenido, según ya hemos dicho, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte y por la tarde, en un terreno que había pertenecido á su comunidad. Los sepultureros estaban también sujetos á una disciplina particular, por lo que debían prestar ese servicio en el cementerio por la tarde en verano, y de noche en invierno. Las puertas de los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo esta una medida municipal, estaba sometido á ella el cementerio de Vaugirard, lo mismo que todos los demás. La puerta de caballeros y la puerta de peatones eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellón construído por el arquitecto Perronet, y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban por lo tanto inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos.

Si algún sepulturero al cerrarse las verjas se había quedado dentro, no tenía

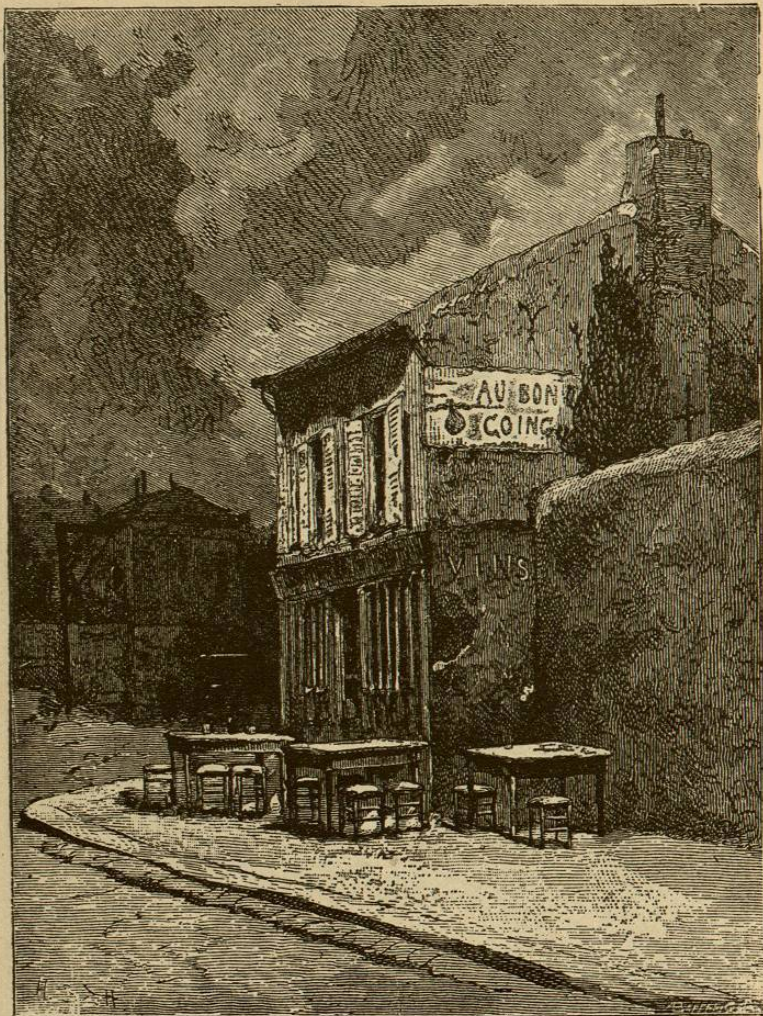
otro medio para salir, que presentar su nombramiento de enterrador, expedido por la administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de correos. El sepulturero echaba en él su tarjeta; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y se abría la puerta de peatones. Si el sepulturero no llevaba su tarjeta, decía su nombre, y el guarda, que solía haberse acostado y dormido, se levantaba, le examinaba, y abría la puerta con la llave. El sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.



Aquel cementerio, que con sus privilegios especiales rompía la simetría administrativa, fué suprimido poco después de 1830. El cementerio de Mont-Parnasse, llamado del Este, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con el cementerio de Vaugirard, que tenía una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado hacia las mesas de los bebedores, y por otro hacia las sepulturas, con esta inscripción: "Al Buen Membrillo".

El cementerio de Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio en decadencia. Había caído en desuso. Le invadía la yerba, y le abandonaban las flo-

res; los burgueses gustaban poco de que les enterrasen en Vaugirard; olía á pobre. El cementerio del Padre Lachaise ¡ya era otra cosa! Ser enterrado en él, era como tener muebles de caoba. En esto se conocía la elegancia. El cementerio de Vaugirard era un cercado venerable, plantado como los antiguos jardines franceses, con calles rectas, bojés, tuyas, acebos, sepulcros á la sombra de algunos tejos, y la yerba muy crecida. La noche era allí imponente. Presentaba líneas verdaderamente lúgubres.



Aún no se había puesto el sol, cuando el carro fúnebre del paño blanco, con la cruz negra entró en la alameda del cementerio de Vaugirard. El cojo que le seguía era Fauchelvent.

El entierro de la madre Crucifixión en la bóveda debajo del altar, la salida de Cosette, la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos, todo se había llevado á cabo sin el menor obstáculo; nada había salido mal.

Digamos, como de pasada, que la inhumación de la madre Crucifixión debajo del altar es para nosotros una falta perfectamente venial. Es una de esas culpas

que se parecen á un deber. Las religiosas lo habían hecho, no solamente sin turbación, sino con aplauso de su propia conciencia. En el claustro, lo que se llama "el gobierno" no es más que una intrusión en la autoridad, intrusión siempre discutible. Lo importante es la regla; en cuanto al Código, ya se verá. Hombres, haced cuantas leyes queráis; pero guardadlas para vosotros. El tributo que se paga al César, no es nunca más que el resto del tributo que se paga á Dios. Un príncipe no significa nada ante un principio.

Fauchelvent andaba ranqueando muy satisfecho detrás del carro.

Sus dos conspiraciones juntas, una con las religiosas y otra con el señor Magdalena; una en pro del convento y contra el convento la otra, habían sido afortunadas por igual. La serenidad de Juan Valjean era una de esas tranquilidades potentes que se comunican.

Fauchelvent no dudaba del éxito. Lo que faltaba hacer ya no tenía la menor importancia. En dos años había emborrachado ya diez veces al sepulturero, al excelente tío Mestienne, que era un hombre tan bueno como mofletudo. Hacía de él lo que se le antojaba. Le encasquetaba el gorro á medida de su gusto; y la cabeza de Mestienne se ajustaba perfectamente á la de Fauchelvent. Su confianza era, por lo tanto, completa.

Cuando el cortejo fúnebre entró en el camino que conducía directamente al cementerio, Fauchelvent, lleno de satisfacción, miró al carro, y dijo á media voz frotándose sus grandes manos:

—¡Vaya una farsa!

Paróse súbitamente el carro: había llegado á la verja. Como era preciso enseñar la licencia para el entierro, el encargado de las pompas fúnebres se adelantó y habló un momento con el portero. Durante este coloquio, que produjo una detención de dos ó tres minutos, apareció un desconocido y fué á colocarse detrás del carro, al lado de Fauchelvent: parecía un trabajador; llevaba una blusa con grandes bolsillos, y un azadón al brazo.

Fauchelvent miró á ese desconocido.

—¿Quién sois?—le preguntó.

El hombre le respondió:

—El sepulturero.

Si á Fauchelvent le hubiese cogido de lleno una bala de cañón, no hubiese hecho un movimiento más expresivo.

—¡El sepulturero!

—Sí.

—¡Vos!

—Yo.

—El sepulturero es el tío Mestienne.

—Ha sido.

—¿Cómo...? ¡ha sido!

—Porque ha muerto.

Fauchelvent lo había previsto todo, menos que pudiera morir un enterrador. Y sin embargo es cierto; también se mueren los enterradores: á fuerza de cavar fosas ajenas, van abriendo la propia.

Fauchelvent se quedó con la boca abierta. Apenas tuvo aliento para tartamudear:

—¡Pero esto no es posible!

—Pues lo es.

—Pero,—repitió todavía débilmente,—el enterrador es el tío Mestienne.

—Después de Napoleón vino Luis XVIII; después de Mestienne vino Gribier. Compadre, yo me llamo Gribier.

Fauchelvent palideció por completo y empezó á examinar á Gribier.

Era éste un hombre alto, flaco, lívido, enteramente fúnebre. Parecía un médico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelvent se echó á reír.

—¡Ah! ¡Qué cosas suceden en este pícaro mundo! ¡Murió el tío Mestienne! ¡Pues viva el tío Lenoir! ¿Sabéis quién es el tío Lenoir? Es la bota del tinto de á doce; es la bota de Surene; ¡caramba! el verdadero Surene de París. ¡Ah! ¡Murió el pobre Mestienne! Lo siento; era un buen bebedor; pero vos también lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos juntos á probar unas copas, en seguida.

El hombre respondió:

—He estudiado; he estudiado hasta el cuarto año, y no bebo nunca.

El carro fúnebre se había vuelto á poner en marcha, y seguía por la calle principal del cementerio.

Fauchelvent había acortado el paso; cojeaba más de ansiedad que de necesidad.

El enterrador iba delante.

Fauchelvent examinó de nuevo al inesperado compañero Gribier.

Era uno de esos hombres que, siendo jóvenes, parecen viejos, y que, siendo flacos, son muy fuertes.

—¡Camarada!—gritó Fauchelvent.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Mi colega,—dijo el hombre.

Fauchelvent, sin letras, pero muy agudo, conoció que tenía que habérselas con un hombre temible, con un buen hablista. Entonces murmuró:

—¿Con que murió el tío Mestienne?

El hombre contestó:

—Completamente. Dios consultó su cuaderno de vencimientos y como le hubiese llegado el turno al tío Mestienne, tuvo el tío Mestienne que morir.

Fauchelvent repitió maquinalmente:

—Con que Dios...

—Dios,—dijo el enterrador con autoridad.—Dios, que es para los filósofos el Padre eterno, y para los jacobinos el Sér Supremo.

—¿Y no nos entenderemos?—balbuceó Fauchelvent.

—Desde luego. Vos sois provinciano y yo parisién.

—No puede haber inteligencia hasta no haber bebido en compañía. El que vacía su vaso vacía su corazón. Veníos á beber conmigo. A esto nadie se niega entre gentes de buena voluntad.

—Primero es el deber.

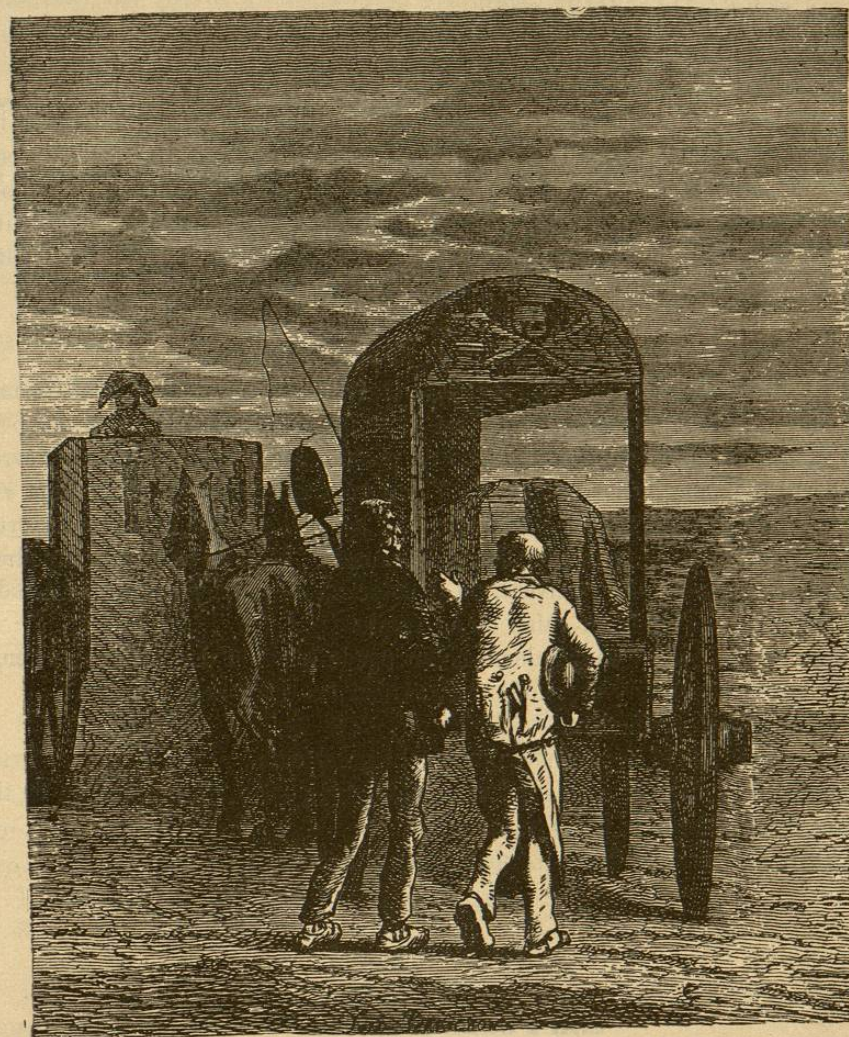
—Estoy perdido,—pensó para sí Fauchelvent.

Sólo faltaban ya algunos pasos para llegar á la senda que conducía al apartado de las monjas.

El sepulturero añadió:

—Camarada, tengo que dar pan á siete bocas, y como es menester que coman, no puedo yo beber.

Y prosiguiendo con la satisfacción del hombre serio que formula una máxima:



—Su hambre es enemiga de mi sed,—dijo.

El carro dió la vuelta á un grupo de cipreses, dejó la calle principal, atravesó otra más estrecha, entró en el terreno inculto y luego en la maleza. Esto indicaba la proximidad inmediata de la sepultura. Fauchelvent acortó aún más el paso pero no podía acortar el del carro. Afortunadamente la tierra, removida y mojada por las lluvias de invierno, se pegaba á las ruedas y entorpecía la marcha.

Fauchelvent se aproximó al enterrador.

—¡Hay un vinillo tan bueno de Argenteuil!—murmuró á su oído.

—Rústico,—respondió el hombre,—yo no debía ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaba á la literatura; pero llovieron sobre él muchas desgracias; tuvo pérdidas en la Bolsa, y yo he tenido que renunciar á ser autor. Sin embargo, todavía soy escritor público.

—¿Luego no sois enterrador?—prorrumpió Fauchelvent, agarrándose á esta rama, demasiado débil en verdad.

—Lo uno no impide lo otro.

Fauchelvent no entendió esta frase.

—Vamos á beber,—dijo.

Aquí es indispensable una observación.

Fauchelvent, por más inquieto que estuviese, convidaba á beber; pero no se había fijado en un punto: ¿Quién había de pagar? Casi siempre convidaba él, pero pagaba el tío Mestienne. Su convite de entonces era evidentemente un resultado de la nueva situación creada por el nuevo enterrador, le era necesario el convite; pero el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de San Martín. Fauchelvent, á pesar de su emoción, no se acordaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad:

—Es indispensable comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. Al trabajo de la mano he añadido el del brazo, y tengo mi biombo de memorialista en la calle de Sévres. ¿Sabéis? El mercado de los paraguas. Todas las cocineras de la Cruz Roja vienen á mí; y yo les compongo sus declaraciones á los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro hoyos de muerto. Esta es la vida, compadre.

El carro avanzaba. Fauchelvent, en el colmo de la inquietud, miraba á todas partes; gruesas gotas de sudor caían de su frente.

—Pero,—continuó el enterrador,—no se puede servir á dos señores; y tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me estropea las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche enlutado, luego el cura.

Una de las ruedas delanteras del carro subía un poco sobre un montón de tierra, detrás del cual se veía una fosa abierta.

—¡Vaya una farsa!—repitió consternado Fauchelvent.

VI

Entre cuatro tablas.

¿Quién estaba en el ataúd? ya lo sabíamos, Juan Valjean.

Juan Valjean que se las había arreglado para vivir allí dentro, y apenas podía respirar.

Es ciertamente extraño calcular hasta qué punto nos da seguridad en todo la seguridad de la conciencia. La combinación ideada por Juan Valjean iba adelante, y marchaba perfectamente desde la víspera. Contaba él, como Fauchelvent, con el tío Mastienne, y no le cabía la menor duda acerca del final. No puede darse situación más crítica ni calma más completa.

De las cuatro tablas del ataúd se desprendía cierta horrible paz. La tranquilidad de Juan Valjean tenía mucho del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataúd había podido seguir, y seguía, todas las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después de haber clavado Fauchelvent la tapa del ataúd, sintió Juan Valjean que le llevaban y luego que rodaba. Conoció también, por la suavidad del movimiento, que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el paseo. Al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz. Por la primera parada comprendió que entraba en el cementerio. A la segunda se dijo: Aquí está la fosa.

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarle al hoyo.

Después tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían hecho oscilar el ataúd, y había bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en su acuerdo, y vió que estaba horizontal é inmóvil. Había llegado al fondo del hoyo. Sintió una especie de frío.

Oyó resonar sobre él una voz glacial y solemne y oyó como pasaban, tan claramente que podían distinguirlas una tras otra, palabras latinas que no comprendía:

—“Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper”.

Una voz infantil contestó:

—“De profundis”.

La voz grave volvió á oírse diciendo:

—“Requiem aeternam dona ei Domine”.

La voz infantil respondió:

—“Et lux perpetua luceat ei”.

Sintió sobre la tapa del ataúd algo como el débil choque de algunas gotas de ligera lluvia. Era probablemente el agua bendita.

Entonces calculó: Ya esto se acaba. Tengamos todavía un poco de paciencia. Ahora se irá el cura; Fauchelvent se llevará á beber á Mestienne, y me dejarán. Después vendrá solo Fauchelvent y yo saldré de aquí. Es cosa de una hora.

La voz grave repitió:—“Requiescat in pace”.

Y la voz de niño dijo:

—“Amen”.

Juan Valjean, siempre atento al oído, sintió como un ruido de pasos que se alejaban.

—Ya se alejan,—pensó.—Estoy ya solo.

Pero de repente oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció el del trueno que despidió el rayo.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Una segunda paletada de tierra sucedió á la primera.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.